

La Arcadia y el idilio

Aves de paso

EDUARDO PELÁEZ VALLEJO
Alfaguara, Bogotá, 2017, 314 pp.

EDUARDO PELÁEZ Vallejo es un caso atípico dentro del panorama actual de la literatura colombiana: un escritor que comienza a publicar pasados los 50 años y que en dos décadas ha publicado escasas 900 páginas repartidas en *Retratos* (2001), *Desarraigo* (2011), *Este caballero a caballo* (2013) y *Aves de paso* (2017). La obra de Peláez, más intensa que extensa, ha sido una exploración constante por los mismos universos temáticos y estilísticos. Y, conforme van apareciendo, cada uno de sus libros es una parte que va configurando un todo. De una primera publicación en la que dibujaba personajes entrañables por reales y cercanos, dio paso a tres memorias: una familiar, en la que hablaba de su padre y de su hermano Ricardo; otra más personal, en la que el acto prosaico del comercio mutaba en el lirismo paciente de la crianza de caballos de paso fino, del maridaje de padrotes y letras, de tinta y yeguas; y la tercera, que es el objeto de esta reseña.

Los libros de Peláez Vallejo son una experiencia grata. Contados sin afanes, en una prosa potente y jugosa que exprime todas las acepciones y los matices de las palabras; sus textos reposados, sin urgencias ni vértigos, terminan siendo un encuentro largamente meditado entre vida y obra, porque la vida de un artista se confunde con su obra, y viceversa. Una obra que no renuncia a ser marginal, pese a tener como mediadoras a las grandes potencias editoriales panhispánicas, y un autor que no trata a su público con condescendencia y que conecta fácilmente con todo tipo de lectores. Además, Peláez tiene la evidente intención de evitar dos riesgos: el primero, pisar los terrenos de la literatura ligera; el segundo, casar con los moldes de los formatos prefabricados por las industrias editoriales del entretenimiento, medidos con los cartabones de la mercadotecnia. El de Peláez Vallejo es, citando a Benjamin, un arte con aura.

Aves de paso es una novela de no ficción, en la que personajes del en-

torno de la familia del autor inspiran la creación de personajes de ficción, con quienes comparten el nombre, y donde los eventos que ocurrieron en la realidad son recreados —vuelven a crearse— conforme los recuerda el narrador. El libro está dividido en seis capítulos: “Un poema” que reproduce “Aves de paso”, de José Emilio Pacheco, de donde se toma prestado el título del libro; “En busca de la memoria”, que pone nombres, hechos y temas sobre la mesa, y que sirve además como declaración de intenciones; “Ricardo” y “Marta Luz”, los nombres de los hermanos mayores del autor y quienes por ser sus padrinos de bautismo son considerados por él como unos segundos padres; “Una familia francesa”, que es un corto capítulo de tránsito para ligar el que le precede y el que le sigue, y “Regreso a la memoria”. El libro reproduce además cinco fotografías elocuentes, escogidas con buen criterio, que ilustran momentos cruciales en la vida de los personajes. La almendra del libro se encuentra en los tres capítulos largos (“Ricardo”, “Marta Luz” y “Regreso a la memoria”), divididos a su vez en fragmentos más pequeños que carecen de numeración.

La vida de Ricardo (1936-1969) ya había sido abordada en *Desarraigo*, en especial las circunstancias trágicas de su muerte. Esta vez el retrato se extiende en detalles sobre su ser, su vida y sus avatares; su carácter recio y generoso, su noviazgo, el matrimonio con Sara María, los hijos que nacieron de esa unión y su vida laboral. El capítulo “Ricardo” incluye además anécdotas protagonizadas por otros hermanos Peláez Vallejo, por ejemplo una en que Ricardo, Vicente, Germán y Eduardo comparten en Girardot en 1964; y otra en la que Vicente y Eduardo llevan los huesos de Ricardo, en 1977, del cementerio a un osario familiar. Los escenarios y el trasfondo de las acciones son, casi siempre, los mismos de los otros libros del autor, el *locus amoenus* del paisaje rural antioqueño, las familias tradicionales y devotas, la educación confesional, la pasión por los caballos.

A la vida de Marta Luz (1940-1975) se le dedica el doble de extensión que a la de Ricardo. En este capítulo se relatan el nacimiento y los primeros años de la niña en Bogotá, su paso por

El Retiro; su educación en Medellín, primero con monjas en La Enseñanza y después con curas en la Bolivariana; su participación como formadora en unos cursos inspirados en el Concilio Vaticano II; su viaje a Francia en 1967, su trabajo social allí, Mayo del 68; su regreso a Colombia en 1970, su matrimonio con Alfonso Jaramillo y su muerte en 1975. También se incluyen anécdotas familiares, por ejemplo un paseo campestre en una camioneta pick-up en 1958, y el viaje de los hermanos Germán y Eduardo a Argentina en 1985. El último capítulo es el más emocionante y significativo del libro: allí la hija que tuvo Marta Luz en París, en 1969, encuentra en 2012 a los familiares cuya existencia desconocía, a los tíos Peláez Vallejo que viven aún. Los narradores natos son asediados por los cuentos y las historias, como si estas se escribieran solas y encontraran, ellas mismas, el mejor amanuense que pudiera trasladarlas al papel. Peláez Vallejo, dotado del don de la escritura, es además un escogido; un artista que, como decía Picasso, no busca sino que encuentra.

En este libro priman los aspectos positivos. El lenguaje campesino, quizá ríspido y arcaico, pero a la vez preciso y potente. Leerlo recuerda autores clásicos como Pérez Galdós, Azorín, Pérez de Ayala, Baroja, Caballero Calderón, Mejía Vallejo. Hay un esfuerzo paciente del autor por encontrar el vocablo exacto; un esfuerzo y una paciencia comparables a los requeridos cuando se espera a que se desarrollen los ciclos de la naturaleza, el crecimiento de las plantas, la maternidad, la crianza de animales.

Aves de paso hace una descripción condensada de una clásica familia acomodada de la Antioquia de la segunda mitad del siglo XX. La infancia desahogada en Laureles, en fincas productivas del Oriente antioqueño; en entornos de trabajo, prosperidad y riqueza, pero sin la obsesión por el dinero como objetivo central de la vida. La adolescencia en provincias de los “muchachos bien”, educados en los colegios administrados por las comunidades religiosas. Las tradiciones populares más arraigadas de la región, la familia montañera, la conversación sincera, el aguardiente, los caballos, el catolicismo. Y también, la íntima

RESEÑAS		NOVELA
<p>relación del hombre y la tierra, del ser y su espacio vital. El paisaje natural como personaje ambiguo, amigo y enemigo, aliado y rival, cómplice y adversario, en el marco de una colonización antioqueña que no cesa, de un territorio feraz, bárbaro, y de una naturaleza “esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina”.</p> <p>Es también una memoria de cómo se iban conformando esas numerosas familias antes de que se popularizara el control natal, aspecto que comparte con la obra de Fernando Vallejo —paisano y contemporáneo a Peláez—. Sin embargo, lo que en el primero es queja iterativa en el segundo es estoicismo y fatalidad.</p> <p>Peláez es un espectador que dibuja con palabras, porque a lo largo del texto abundan todas las variantes de la descripción, tanto de personas como de paisajes y lugares. Basten como ilustración los siguientes ejemplos: 1) prosopografía: “Si no hubiera actuado, a lo mejor me habría gustado. Pero quería agradar, y se le notaba” (p. 148); 2) etopeya: “La lectura y la escritura son los actos del encuentro conmigo, mi <i>enmismamiento</i>, la copulación de ser y sujeto” (p. 141); 3) topografía: “El camino era una sombra sobre la cual se cerraba el bosque e impedía que penetrara el sol y secara la humedad que bajaba del cielo y subía de la tierra (...)” (p. 202), y 4) hipotiposis:</p> <p>El caldo humeaba en la densidad del calor y expelía el olor desagradable del bocachico muerto, (...) carne y grasa, visible en una solución saturada de impurezas animales, vegetales y minerales que llegaban al plato desde más allá de las fuentes del río, cerca de San Agustín, y eran turbiedad y amasijo. (p. 67)</p> <p>A menudo las descripciones mezclan y exceden las figuras retóricas; otras veces es tal la precisión, que la descripción linda con el hiperrealismo.</p> <p>La versatilidad de cualquier literatura puede evidenciarse en la variedad de registros. Dentro de la colombiana, Peláez Vallejo es ejemplo de esa variedad. Un autor que maneja unas temáticas y un estilo que parecieran anacrónicos, pero precisamente por romper con las convenciones que dictaminan el mercado y la moda suenan a vanguardia. Es un autor de textos</p>	<p>sobrios y reposados en la forma y en el contenido. Textos complejos sin aspavientos y pletóricos sin estridencias. Cortos, concentrados, cuajados.</p> <p style="text-align: right;">Carlos Soler</p>	